

ARTE
EXPOSICION
ROKO MATJASIC

La masa pictórica de Roko Matjasic es bastante profusa. No menos de medio centenar de obras expuestas en la Sala del Pacifico lo atestiguan.

Y es lamentable. Porque si este artista hubiera hecho una rigurosa selección habría ganado en la estimativa de las gentes y desde luego, de la crítica.

Digamos, para entendernos y sin pretender ser muy precisos, que su obra oscila entre el impresionismo y las escuelas que posteriormente han seguido ese camino.

Es decir, Roko Matjasic da gran predominio en su obra al color. Es un colorista abundante y generoso. Colorea la pasta en anchas estrías, modelando con esa pasta las formas, dejando, en definitiva, que el empuje instintivo quede señalado en estas visiones.

Roko Matjasic pide al paisaje su acento lírico. Su emoción. Gusta de los aspectos pintorescos de la naturaleza, de los rincones floridos, de las imágenes cargadas de tiplismo vernacular.

Pero, a veces, acentúa las notas cromáticas y cae en desarmonías propias de la falta de reflexión. Se advierte que le temperamental ahoga la razón. A veces las telas aparecen acromadas.

Por eso, nosotros los preferimos en las pequeñas anotaciones, en las que la naturaleza, sin perder aquella orquestación cromática citada, queda fijada en pocas pinceladas, desnuda de la anécdota, en su esencia, sustantivamente aprehendida. El color es aquí también algo más puro y armónico. Realiza una función autónoma y vive por sí mismo. Los rojos y los verdes, los azules y los ocres, en sus distintas gradaciones tonales, permiten al pintor el logro de una más alta nota artística.

En los retratos suelen darse desigualdades evidentes. Los paños están ejecutados mediante la técnica de pinceladas sueltas, con un barroquismo de color que les presta dinamismo y gracia expresiva. Las carnaciones, por el contrario, ofrecen una superficie más tersa, apretada, de estilo tacitil. Llegan a un acartonamiento poco grato.

Creemos adivinar la razón de esta falta de congruencia estilística. El pintor se ha sentido preocupado por el patetismo formal y ha reiterado las pinceladas y la ejecución, hasta llegar al apresto de los superficies.

Hemos hablado de impresionismo y de escuelas posteriores. Exhibe ROKO MATJASIC dos obras —Composición, N.º 9, y Composición, N.º 13— que están ya más acá del impresionismo. El título nos indica, en forma evidente, una liberación del tema. El pintor, que recibe el influjo de Cézanne, por un lado y de los fauves, por otro, nos da la medida de su sensibilidad. Ha realizado en estas obras una leve excursión a la plástica pura, y si bien el tema es reconocible, no impone su dominio ni ahoga la posibilidad creacionista.

Aparece aquí una preocupación ostensible, la de que la valoración estética nazca en la obra en sí y no en factores extrapictóricos. En una palabra: Roko Matjasic ha tratado de resolver un problema de formas, más que la narración de un asunto temático. Para trazar un ritmo de masas encerradas en un arabesco nítido ha recurrido a figuras humanas, que le permiten, en su agrupamiento y dinamismo, llegar a soluciones afortunadas con respecto a la geometría interna de la obra, de la tectónica y de la composición. El esbozo, sin embargo, no siempre es feliz. La reiteración de los violetas en el N.º 9 rompe, sin duda alguna, la armonía de la totalidad y la relación de las distintas gamas.

El juego de los cristales en Iglesia de Apoquindo, perteneciente al grupo de paisajes grandes, está bien logrado. Hay aquí muy finas calidades. Lavanderas ofrece una calidad de acuarela.

ANTONIO R. ROMERA